

HORNOS Y ALFAHAREROS EN TULAYTULA

*José Aguado Villalba**Ceramista - Numerario de la Real Academia de B. A. y C. H. de Toledo*

No, no es una errata; así se escribía en pasados siglos el nombres de este taller para elaboración de piezas de arcilla. Esa H es herencia del árabe hispano. A pesar de que el rey Alfonso VI se hizo dueño de la ciudad de Toledo en 1085, aún perduraba la escritura islámica, casi cuatrocientos años después, en algunos documentos públicos.

Bien, que hubo alfares en época taifa, y quizá antes, en la califal, está totalmente probado, Primero, con el "testar", llamado de San Martín, cerca del puente del mismo nombre, que descubrí en 1978 y en el que trabajé, a lo largo de dos años, hallando toda clase de utillaje alfarero y fragmentos cerámicos, decorados o no, de un alfar

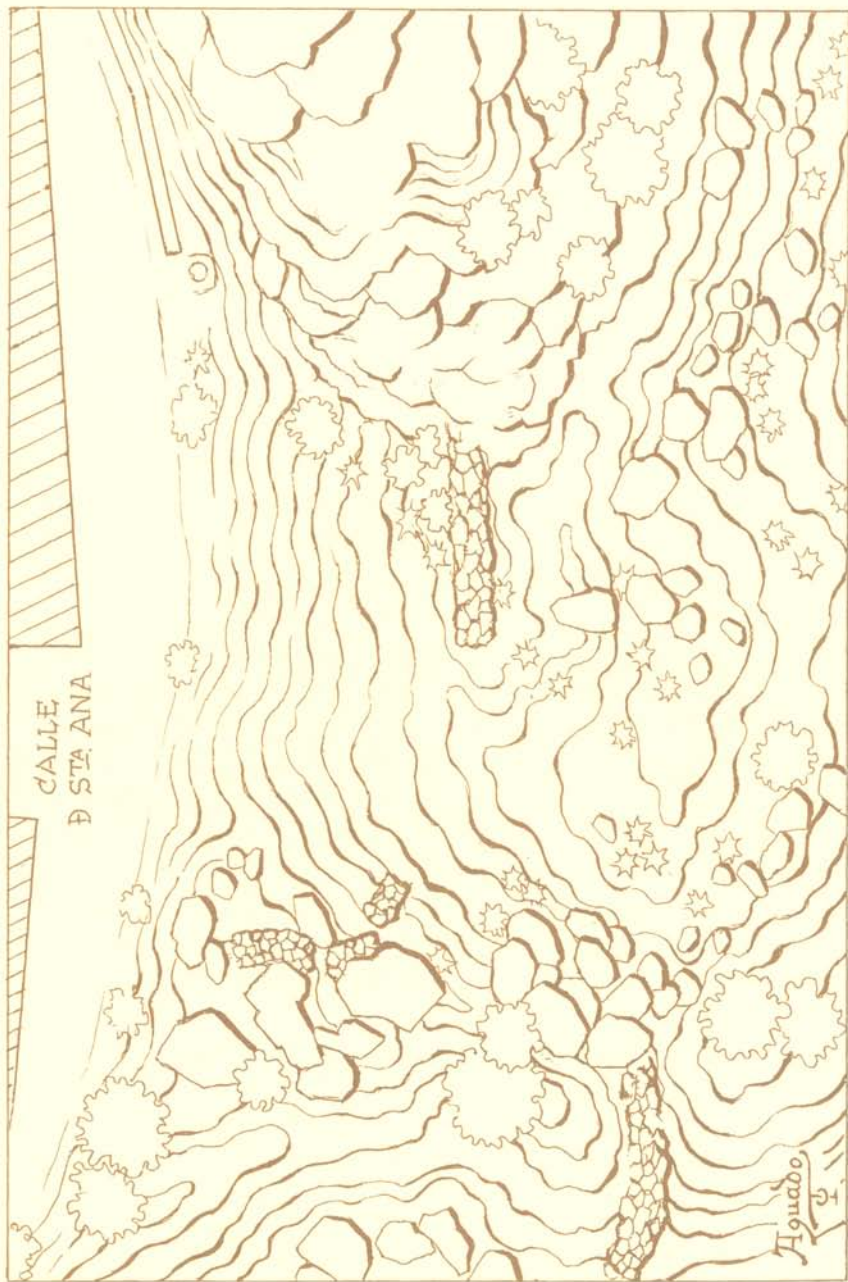
que pudo ser real, como de marfiles, en Cuenca, por su buena técnica y delicadeza decorativa¹ aunque no el horno que debió producirlos.

La segunda prueba de fabricación apareció tiempo después, en el Circo Romano² con cinco hornos cerámicos, en diferentes grados de destrucción; el primero, casi completo, faltando la parte superior —el llamado laboratorio— (donde van colocadas las piezas a cocer). De los otros queda principalmente la caldera (donde se echa el combustible). Los hornos están colocados en serie, aprovechando los restos de la construcción del Circo. Esta excavación estuvo a cargo de Sánchez-Palencia, Pereira y R. Izquierdo, en 1982.

¹ Véase mi obra "La Cerámica Hispanomusulmana de Toledo". IPIET y CESIC, Madrid, 1983.

² Realmente, Hipódromo, como puntualiza Julio Porres en su obra "Historia de las calles de Toledo". Se declaró Monumento Nacional el 31-3-1920. Ed. Zocodover, 1982 (Tomo I, pag. 408)

PROMEDIO DE INCLINACIÓN DEL "RODADERO", UNOS 45.º-



PLANO APROXIMADO DEL TESTAR DE SAN MARTIN EN 1978.-

Estos hornos son, como es lógico, del llamado tipo árabe, o vertical, consistente en: la caldera, el laboratorio - que se comunica con ella por una serie de ranuras o aberturas más o menos rectangulares hechas bastante toscamente, por donde pasa la llama. No podemos saber si los hornos toledanos tenían o no algún tipo de chimenea o cúpula perforada con aberturas, ya que en muchas ocasiones este tipo de horno carece de ella, como sucedía en localidades diversas como, por ejemplo, en el alfarero pueblo de Puente del Arzobispo, en nuestra provincia.

El horno número uno del Circo ha sido estudiado por Sergio Martínez Lillo³. Referente a este trabajo, advierto que yo empleo la terminología técnica cerámica, por lo tanto al "prae-furnium" lo llamo boca del horno, a la "cámara de fuego u hogar" lo denominó caldera y a la "cámara de cocción", laboratorio. Aún existe otra parte del horno, que se hace y se deshace. Es el "brocal", o pared, que se practica para cerrar el laboratorio formado habitualmente por gruesos adobes, y que, una vez concluida la cocción y enfriado el contenido del horno —de uno a tres días aproximadamente—, según el tamaño del mismo, se desmonta haciendo practicable la puerta del

laboratorio para extraer las piezas horneadas o "juaguetadas".

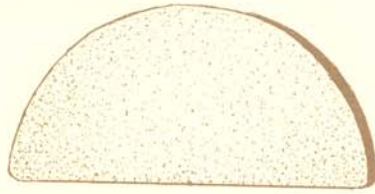
Los toledanos, se diferencian de otros islámicos conocidos en que éstos son de planta rectangular, en lugar de circular u ovalada, como se encuentran, entre otros, en el sudeste francés. Lo más semejante a lo nuestro lo encuentra Sergio Martínez en los excavados en al Basra.

Respecto al combustible usado aquí, ya dejé suficientemente probado en mi estudio sobre la cerámica⁴ que se empleaba la planta llamada retama (botánicamente *Genista*) que crecía abundantemente en el alfoz de Toledo y que ha seguido usándose por alfareros y panaderos hasta hace algunos años. La retama es la leña ideal para este tipo de cocción porque produce una llama fuerte y larga, ligera y deja muy poco residuo de ceniza.

Probablemente existieron más alfares en los siglos X y XI, pero no sabemos nada de ellos hasta el presente; parece que hubo algún horno por la parte de San Andrés y en la excavación del solar de dicha iglesia, la competente Clara Delgado, prematuramente desaparecida, encontró multitud de fragmentos de cerámica islámica.

3 "Horno Cerámico nº 1 del Circo Romano de Toledo". En *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española*. Huesca, 1985. Pag. 73.

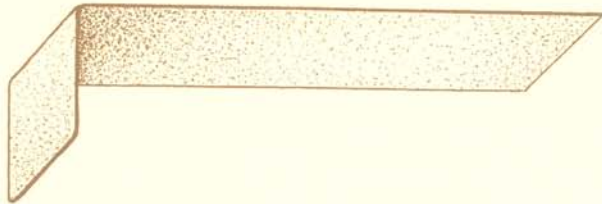
4 Véase "La Cerámica Hispanomusulmana...", pag. 79.



TIRADERA



MEDIA CAÑA



ALHARÍA

Aguado
1

Ya en época cristiana, los talleres se multiplicaron en la zona de la Puerta Nueva, por las llamadas "cova-chuelas" o restos de anfiteatro romano,⁵ sobre todo en los siglos XV y XVI. Indudablemente, el humo producido por los hornos islámicos molestaba a los vecinos, sobre todo a los del, ahora, barrio de Santo Tomé (testar de San Martín) que, debido al viento dominante en Toledo —del N.O.— se esparciría por la ciudad. El de los hornos del Circo, desde luego, molestaría mucho menos. Y, por cierto, que no se comprende en absoluto la creación del "Jardín Escolar", en el año 1906, plantando multitud de árboles sobre las ruinas romanas cuando sus fundadores tenían a su disposición toda la Vega Baja, limpia de construcciones.

Volviendo a los hornos excavados, queda por decir que están fabricados totalmente con arcilla mezclada con desgrasante arenoso (sílice) para dotarla de propiedades refractarias, de mayor resistencia a las altas temperaturas; cuando yo estuve examinando los hornos, recién excavados, comprobé que, en algunos puntos de la caldera, la arcilla había comenzado a reblandecerse; esto quiere decir que en ella se alcanzaron hasta unos 1.100° C., alta temperatura que, aunque no lo parezca, se puede lograr bien: produce en el barro una coloración amarillen-

ta/verdosa, diferente en cada tipo de arcilla, que lleve más o menos óxido de hierro.

La cocción de la cerámica islámica local puede asegurarse que fue del orden de los 930/960° C., lo cual puedo decir porque hice unas pruebas, con unos restos de vedrío verde crudo que aparecieron en una excavación practicada por R. Villa y Juan Manuel Rojas en la Cuesta de Santa Ana, no lejos del testar de San Martín. El vidriado "responde" bien en el horno a pesar de los casi mil años transcurridos desde su fabricación.

Estos hornos son de pequeño tamaño, unos 3,90 x 1,95 aproximadamente y, presumiblemente, sobre 2 m. de altura. Las aberturas para el paso de las llamas, más o menos rectangulares, como antes apunto, están hechas con gran desigualdad en anchura y de unas a otras: en conjunto, toda la elaboración del horno es tosca, primitiva, lo que no obsta para que las piezas cerámicas que allí se hicieron sean una obra bien hecha e, inclusive, delicada, como se ve en varios de los fragmentos hallados.

En unas pocas líneas quiero dar idea del proceso en la preparación del barro de la forma tradicional. Una vez disuelta y colada la arcilla, se deja

5 Véase "Historia de las calles..." Tomo II, pag. 511

evaporar el agua y entonces se corta en trozos de tamaño manuable. Se forma con ellos un montón o pirámide y se procede a pisar la masa con los pies desnudos, comenzando por el centro y abriéndose en espirar; una vez rebajado el conjunto hasta dejarlo plano se vuelve a cortar y pisar hasta que el todo se vea bien homogéneo. Esto se llama "la pisa".

El barro, cuyas porciones para usarlo se denominan "pellas", no se amasa, se "soba" sobre "sobadores" de obra o de madera, para su uso, cuanto más sobado esté, mejor, sobre todo para el trabajo en la rueda del alfarero.

Y para pegar entre sí parte de barro blando se emplea éste muy fluido; en los libros sobre técnica cerámica se llama siembre barbotina. Pero aquí usábamos otro nombre, tal vez herencia islámica: "alamoja".

Referente a la producción, en la alfarería hay que tener en cuenta que los talleres que podíamos llamar "clásicos" hasta ya entrado el siglo XX, casi no usaban verdadero herramental. Lo que se empleaba era lo siguiente: la "tiradera", un utensilio de madera o hierro, de unos 5 a 10 cms. de largo, con un borde recto y el otro curvo, que se usaba con la mano derecha mientras la izquierda quedaba por la parte inte-

rior de la vasija. Aún se emplea. La "alharía", que es un trozo de fleje metálico dobado en ángulo recto, por uno o los dos extremos que se emplea para labrar los ruedos de asiento, o "relejes", en la parte baja de la pieza sea vasija o de forma abierta; hay que usarla cuando la pieza está parcialmente seca o "en verde", sacando finas y elegantes virutas. Para separar la pieza de la "cabezuela", o rueda superior del torno de alfarero, una vez hecha o "levantada", se emplea un cortador consistente en un fino alambre con dos trocitos de madera en los extremos; en las referencias antiguas se habla también de media tijera, para el mismo uso. Otro útil es un trozo de esponja para ir secando el fondo de la vasija, mientras se levanta, en evitación de que el agua acumulada raje la pieza. Otro de los útiles clásicos es la "media caña" que, como su nombre indica, es un fragmento de caña del tipo que se encuentra habitualmente en las orillas de muchas corrientes de agua; cuando no existía el plástico, la suavidad de la superficie de esta planta permitía alisar perfectamente el barro. Herramienta más barata no hay.

Para proceder al labrado del releje, la pieza de forma se colocaba en el llamado "alcálibe", que es un cilindro de paredes gruesas, de altura y anchura relacionada con el tamaño de la vasija a tornearse y que se coloca bocabajo; el

borde del alcálibe se forra con unos trozos de tejido para que la pieza no se pegue al cilindro. Se procede de la forma siguiente: la mano izquierda presiona, con el dedo pulgar, un disco que puede ser una moneda y, mientras, se trabaja con la alharía, al tiempo que gira velozmente la rueda; un trabajo de precisión y bonito.

Quiero hacer notar, respecto a la nomenclatura cerámica, que no es igual en todas las zonas; ésta que uso aquí, está tomada de los términos que se usaban hace años en los talleres de mi padre, que había viajado y visto mucho, no sólo en sunuestra patria, sino en Francia, Italia y Portugal, en todo lo concerniente a la cerámica y la alfarería.

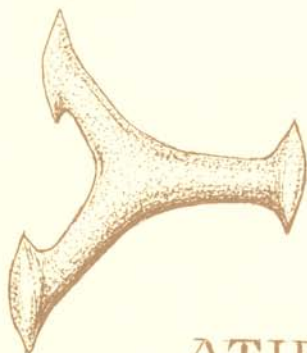
Pues bien, con este tan rudimentario herramental, los artistas del torno alfarero han hecho obras delicadas, bellas, elegantes y perfectamente acabadas, con sus hábiles manos; muchos de los que estas líneas lean habrán visto, en exposiciones y ferias, trabajar alfareros "levantando el cacharro"; pues, sí, al pronto parece que el barro sube rápida y fácilmente. Nada más erróneo; cualquiera que pruebe a hacerlo verá qué complicado es y cómo, en principio, no consigue hacer nada aprovechable. Los buenos profesionales han comenzado desde niños, en talleres familiares. Siempre fue así

hasta llegar a la actual época del plástico que tantos alfareros ha arruinado.

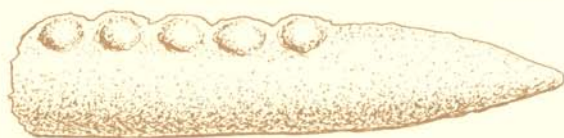
Paso ahora a reseñar lo preciso a emplear en el "ahornado" o colocación de las piezas que vayan a cocerse.

Los "atifles" (del árabe *atafi*, trébedes) son unas piezas de barro cocido que forman tres brazos divergentes, terminando cada uno de ellos en dos puntas opuestas, con un total de seis. Se utilizan para separar las superficies vidriadas contiguas y evitar que se peguen al fundir el vedrío, inutilizando las piezas. Su tamaño varía muchísimo en relación con lo que vaya a separar; los hay desde tres centímetros hasta veinte y más.

"Barras" o "rollos", cilindros de unos 3-4 cms. de diámetro y 20 o más de largo, formados con arcilla sin desgrasante y con un extremo plano y el otro acabado en punta más o menos roma. La mayor parte de las veces presentan una serie de digitaciones contiguas a lo largo de la pieza. Igual que los atifles, se empleaban en los hornos islámicos para sujetar y separar las piezas vidriadas; muchos de los encontrados por mi llevan goterones de vedrío verde, melado, negro o de "engalba". Y, a propósito de esta palabra haré notar que la empleo, con preferencia a "englobe", término derivado del idioma francés.



ATIFLE



BARRA FRAGMENTADA



CLAVO

Aguado
6

“Clavos”, que son piezas de arcilla, como lo anterior, formados por cilindritos de un centímetro de diámetro y 6 u 8 de largo, presentando una curvatura en ángulo obtuso; también acaban en punta. Se empleaban en las “cajas” o “gacetas”, que son cajas cilíndricas, no siempre con orificios, y en las que va todo lo vidriado; las cajas siempre están hechas con arcilla y mucho desgrasante para que sean refractarias y menos propensas a rajarse.

En cuanto a las técnicas usadas en Tulaytula, tanto en lo aparecido en el Circo como en el testar de San Martín, son las siguientes: decoración sencillísima, “a peine” (que se han usado hasta nuestros días en cántaros principalmente). Decoración con diseños de manganeso sobre el vedrío melado plumbífero, sobre todo en ataifores. Decoración pintada en verde y negro/morado del tipo llamado califal o de Elvira. Otra técnica muy usada es la del estampillado o sellado, que se logra apretando un sello, con decoración, en negativo⁶ sobre el barro a medio secar; en muchas ocasiones la decoración se ve a través de un baño verde traslúcido. Vasijas recubiertas de engalba blanca por el interior y vedrío melado al exterior. Pequeñas piezas bañadas íntegramente con vedrío negro, de manganeso.

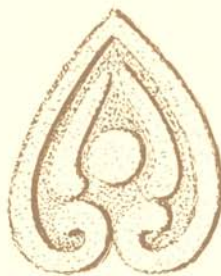
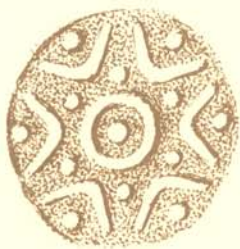
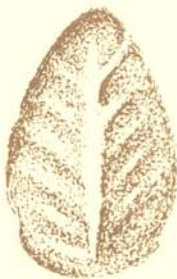
Decoraciones combinadas, de sellado sulementado. También, aunque en poca cantidad, hay fragmentos vidriados en color amarillo (de óxido de antimonio), técnica ésta también aparecida en lo califal cordobés. Otra es la incisa, en la que el diseño se ejecuta con una herramienta de punta fina, principalmente con ataurique y letras cúficas.

La técnica más interesante hallada es la llamada de “cuerda seca”, que consiste en diseñar la decoración con una línea negra, a pincel, que luego se rellena, en sus espacios, con vedrío de diferentes colores. Desde un Congreso celebrado en Toledo (1981) se ha quedado en llamar “cuerda seca parcial” a la que deja parte del barro al aire, y “total” a la que cubre de vedrío toda la pieza. Los colores empleados en la cuerda secan eran el verde, con óxido de cobre; el melado (ocre) de óxido de hierro o almagra; el negro/morado, de bióxido de manganeso, y el blanco, del caolín; este está, a veces, algo teñido de verde muy pálido, tal vez por falta de buena limpieza en utensilios que contuvieran vedrío coloreado con cobre.

Por cierto, en un buen trabajo sobre cerámica andalusí, recientemente publicado⁷, su autor, el señor Retuerce, afirma erróneamente que he

6 Estos sellos, o estampillas, se hacían con barro cocido; se han encontrado algunos ejemplares islámicos. De gran dureza y resultado, se emplearon durante muchos años.

7 “La Cerámica Andalusí de la Meseta”, de Manuel Retuerce Velasco, Madrid, 1998, Pág. 54



Aguado
ϕ

SELLOS ISLÁMICOS LOCALES

encontrado "...diversos fragmentos cerámicos, islámicos y posteriores, en los rodaderos del Puente de San Martín..." (pag. 54). Esto no responde a la realidad: TODO lo que he hallado en el testar era ISLÁMICO, y no sólo fragmentos, sino cientos y cientos de diversas piezas del utillaje del horno: descubrimientos que presenté en el II Coloquio Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo Occidental, en Toledo, 1981, con general acuerdo, y que demuestra la fabricación, en aquella zona, de alfarería islámica.

En mis investigaciones en este testar no solamente hallé fragmentos con y sin decoración, sino también pequeños embolsamientos de arcilla que debieron ser residuos de los depósitos, más o menos grandes, que necesariamente tuvieron que existir en el alfar taifa del casco histórico. Como la base de los "rodaderos" toledanos es la roca de gneis, todo lo que no sea ella es añadido, y de ahí que esa arcilla sea probablemente resto de esa fabricación hispanomusulmana local.

Tradicionalmente, el barro para este uso se ha extraído de cuatro asentamientos principalmente: el aún existente —aunque está siendo rellenado de escombros que lo están haciendo desaparecer— en la finca La Alberquilla, más allá de la estación del tren; el llamado "de la cruz", que estaba ubicado en las inmediaciones del, ahora, Centro del Rosario, cerca del

Tajo, con arcilla arenosa; el tercero, en la zona de Palomarejos, una arcilla oscura y terrosa, llamada "tarea" y que sólo se empleaba para rebajar la fuerza del barro del cuarto yacimiento, que es el que forma buena parte de la finca de Pinedo, entre las carreteras a Madrid y Mocejón; arcilla ésta de gran dureza y calidad, una vez cocida, pero con tendencia a grietarse durante la fase de secado, lo que hace necesario mezclarla con otra, más "floja" o arenosa. De las arcillas descubiertas en el testar, se hicieron análisis que demuestran su origen local; detalles de estos análisis pueden verse en mi obra, ya citada, sobre la cerámica hispanomusulmana de Toledo.

En conjunto, toda la alfarería encontrada, tanto en el Circo como en el testar, puede adscribirse al tiempo que media entre finales del siglo X y el 1085, fecha de la conquista por el rey Alfonso VI. Una gran parte de las decoraciones y técnicas de las piezas encontradas son tan semejantes a las de Madinat-al-Zahra, que parece más que probable que alfareros de allí se viniesen aquí, atraídos por la fama de la corte de los Banu Di l-Num.

Como los hornos locales encontrados hasta la fecha son de pequeño tamaño, como antes dije, es lógico que no se cociesen en ellos grandes piezas, como por ejemplo, las tinajas mudéjares del XIII al XVI que se hicieron, positivamente, en los numerosos alfares de la Antequeruela (donde aún se

encuentran atifles tan pronto se mueve algo en el terreno). Se hacía, sobre todo, el menaje de cocina, ollas, marmitas, jarros, alcadafes o barreños, aifores, etc., todo lo de uso cotidiano en los hogares. Sí es posible que se cociesen las dos tinajitas con decoración estampillada —sellada— más antiguas del Museo de Santa Cruz, que son de pequeño tamaño.

Quiero exponer algo que no tiene una clara explicación, y me refiero a fragmentos de piezas vidriadas, principalmente de cuerda seca, que en lugar de mostrar su auténtico color, en su diferentes vedríos, aparecen totalmente ennegrecidas y rehervidas, por exceso de temperatura, producido, además, por una demasiado rápida acumulación de combustible, lo que provoca ese feo requemado. Por tanto, lo que produce ese ennegrecimiento está claro, pero en cambio no lo está que se produjese en tanta cantidad, ¿es que los ceramistas que elaboraban esas bonitas decoraciones no eran los encargados del horno?. Porque no parece lógico que unos artistas que empleaban mucho tiempo y cuidado en preparar sus vasijas no atendiesen debidamente la buena y siempre lenta marcha de la cocción de las mismas; tal vez fuesen esclavos o trabajadores diferentes a los que no preocupaba el resultado de la hornada.

Estas conclusiones a que llego sobre el mal estado del vedrío son fruto del conocimiento que de la mar-

cha y resultado de la cocción, tengo por haber estado empleando, en gran parte de mi labor cerámica durante años, los hornos de leña.

Voy a anotar un detalle interesante que no he visto en ningún estudio sobre estos temas y que se encuentra en vasijas andalusíes, sobre todo atai-fores, y no sólo en lo toledano. El ruedo de asiento, o repié, o releje, que aparece en la base del objeto, está siempre hecho de forma normal a la cruva que forma la base del plato, etc., nunca en sentido oblicuo; colocación ésta que sí se encuentra en piezas posteriores “cristianas” de los siglos XII-XIII en adelante; a medida que pasa el tiempo, más oblicuo se ve, hasta, inclusive, llegar a desaparecer. En su lugar se practica un huequecito, casi semiesférico, sobre todo en cuencos de mediano/pequeño tamaño.

He omitido, al reseñar las técnicas islámicas clásicas que hay en Todedo, que las únicas de las que no hay constancia hasta ahora, son la “esgrafiada” (muy abundante en Murcia) y la de “loza dorada”, de la que existen ejemplares de esta época en Málaga, principalmente.

Nada más. Hay que felicitar de que estos trabajos sobre la cerámica medieval, que hace años no interesaban a los estudiosos, ahora estén cobrando, cada vez, mayor importancia por parte de todos.